



¿cómo besar a una princesa?

AUTORA: MIREYA TABUAS
ILUSTRADORA: ROSELYS BARRIOS

¿Cómo besar a una princesa?

Los sapos tenemos altas probabilidades de convertirnos en príncipes si nos besa una princesa. Hoy descubrí ese gran secreto que por años los hombres habían ocultado a nuestros ojos de sapos.

Te preguntarás cómo me enteré, si esa información tan confidencial sólo aparece en los libros de los humanos. Y es del conocimiento público que los sapos no sabemos leer. Pero para algo existen las arañas.

Las arañas son realmente sabias y siempre están metidas entre los estantes de libros. Por eso aprenden muchas cosas que uno como sapo desconoce.

Así fue, gracias a una vulgar araña supe la verdad. Claro, después que confesó me la comí enterita. Es que, además de sabias, esas condenadas bichas son deliciosas.



Ahora que puedo convertirme en príncipe ninguna sapa me detendrá. Y menos aún cierta batracia tonta que prefiero no mencionar. Ella se lo buscó. Quién la manda a abandonarme para irse a un charco mayor y lleno de pájaros y flores.

Yo sé que este charco donde habito se muere, se seca rápidamente en medio de todos estos edificios y tantos autos. Ya sé que pronto vendrá la máquina ruidosa y lo aplastará todo. Pero yo quería permanecer aquí con esa sapa ingrata, protegiendo nuestro hogar. Juntos sí evitaríamos que nos desalojaran de este sitio.

Sin embargo, ahora que ella me dejó no tengo otro remedio: seré príncipe. Solo así olvidaré su cara verde y húmeda de sapa.

El problema es que para transformarme en príncipe tengo que encontrar a la dichosa princesa que me bese. Parece que están escasas. Los humanos deben tenerlas bien escondidas para que nosotros los sapos no podamos convertirnos nunca en príncipes. A lo mejor las princesas habitan a kilómetros de este charco. Yo ya estoy viejo para saltar tanto. Además, no sé cómo reconocer a una princesa. Mi estómago no tuvo la paciencia para aguardar a que la araña me describiera una.

Solo sé que las princesas son seres humanos del género femenino. Es decir, mujeres.

Mujeres sí conozco bastantes. Viven en casas cercanas a este charco. Las he observado cuando llegan del trabajo muy cansadas, o cuando regresan de la universidad llenas de libros, o cuando van al mercado y regresan cargadas de paquetes y mal humor, o cuando llevan a pasear a un perro atado que mira mi libertad con envidia. Pero no creo gustarle a las mujeres. Las pobres tienen muy mal gusto: prefieren a los hombres. Más de una ha salido corriendo al verme. No sé qué les pasa, tan apuesto que soy, a pesar de que estoy entrado en añitos. Mi color verde oscuro ha hecho delirar a más de una batracia. Cierta sapita tonta (a quien prefiero ni nombrar) casi desmayaba ante los reflejos de la luna llena en mi cuerpo brillante. Pero a las mujeres no parece hacerles mucha gracia el color verde.

Es difícil adivinar cuál de esas mujeres puede tener algo de princesa. Tampoco es que voy a estar besando por aquí y por allá hasta encontrar una que pertenezca a la realeza. No es para tanto. Además, las mujeres no son muy besables que digamos.

Creo que no me gustaría besar a cierta señora refunfuñona que todos los días lanza la basura desde la ventana de su apartamento hasta el charco donde vivo, sin respetar para nada mi salud. Claro, ella no es la única mujer.

Aquella que siembra flores en su balcón y no le echa insecticida ni a las moscas ni a las cucarachas es una buena candidata. Sería sumamente agradable almorzar hormigas entre sus plantas. Está también la chica de los ojos expresivos, casi tan saltones como los de mi batracia, que se acerca a mí sin temor ni gritos. Pero tampoco a ellas dos me atrevo a besarlas. No sé a qué saben los besos de una princesa, yo que sólo he besado la boca de cierta sapa ridícula que no mencionaré. Su boca sabe a hierbas, a avispas recién digeridas. No había nada tan exquisito como besar a aquella sapa malísima que huyó de mí.

La verdad es que tampoco estoy muy seguro de que me guste aquello de ser príncipe. Primero está el asunto de tener que vestirme de azul. Ese color no le favorece en nada a un sapo. Andaría uno siempre confundándose con el agua de los charcos limpios.

Pero lo peor de ser príncipe es tener que usar zapatos. Eso sí que es incómodo. He visto a los

niños venir a mi charco y quitarse ese horrible invento destinado a encerrar los dedos y las uñas. Y luego felices remojan sus pies en el agua. Pero si alguna mamá los ve, entonces tienen que apurarse y amarrarse rápido los zapatos. Las mamás gritan mucho y halan las orejas de los niños. No me gustaría tener una mamá ¿Los príncipes estarán obligados a tenerlas?

Hay otro detalle terrible: mis pies son planos. Tendría un martirio mayor, debería usar botas ortopédicas. Como Alejandro, ese niño que rabia al caminar con esas cosas tan pesadas y feas entre sus paticas pequeñas y rosadas.

Definitivamente no me gustaría ser príncipe ni humano. He visto a los hombres marchar en las mañanas con cara de sueño y fastidio, y regresar en las noches con cara de fatiga y odio. Nunca he observado a ningún adulto detenerse, mirar más allá de sus narices y descubrir la hermosura de este charco sucio donde me revuelco. Solo a los niños les gusta. Pero estoy tentado a creer que los niños tienen más de sapos que de humanos.

Si en vez de un charco, hubiese aquí un castillo, todos esos hombres de corbata lo envidiarían. Pero no sé si un príncipe sería tan feliz en un palacio de oro y cristal como lo soy yo en mi charco gastado. O por lo menos era dichoso cuando vivía con cierta sapa odiosa.

Pero prefiero obviar de mi vida a las batracias. Son seres repugnantes y mínimos. Son miedosas. No se atreven a permanecer en un charco que está a punto de secarse, aunque sea para acompañar a un sapo terco como yo. Las puertas de mi casa están cerradas para esa rana. Aunque yo no tengo casa ni puertas.

Tal vez otros animales sean más nobles y si me dejen besar por uno de ellos tendría una nueva oportunidad.

Si me besa una paloma me convertiría en ave. Podría volar hasta las nubes más lejanas. Claro, yo nunca he saltado muy alto.



Creo que ver el cielo tan cerquita me daría vértigo o ganas de vomitar. No soy aficionado a las alturas. Debo admitir que soy un ser absolutamente terrestre.



Si me besa una gata, sería un gato. El problema es que no me gustaría tener pelo. Este clima es muy caluroso y sufro de tensión alta.

Y lo peor es que a los gatos no les agrada bañarse. Y yo sin un charco no puedo vivir. Soy un ser acuático.

Si me besa una sardina sería pez. Pero estando bajo el agua todo el tiempo me ahogaría. Me fascina remojar me, es cierto, pero también echarme



sobre la hierba a tomar el sol y lucir mi piel verde a las sapos más bonitas. Soy un ser del aire libre.

Si me besa una araña podría comérmela. Y si no me la como y me transformo yo también en arácnido puede venir cualquier sapo y tragarme sin miramientos. Y quiero seguir siendo un ser viviente



Estoy indeciso. Este charco se seca y debo partir, como hizo mi rana. Y no quiero ser príncipe, ni pájaro, ni gato, ni pez y mucho menos araña.

Quiero ser sapo. No hay nada mejor que ser verde, feliz, rugoso y comer avispas y mosquitos vivos.

Pero sobre todo, lo mejor de ser sapo es descubrir que uno ama con locura a una sapa que se fue porque en este charco ya no queda agua suficiente. Y lo mejor de amar a esa bendita sapa y no a una princesa pretenciosa, es que un sapo no necesita caballos ni coronas ni espadas para llegar hasta ella.

Solo debo irme de una vez de este sitio, sin mirar para atrás, y saltar y saltar, saltar y saltar, hasta hallar la laguna que ella fijó como residencia.

Entonces comprobaré que los sapos somos los seres más afortunados del mundo. Siempre habrá una sapa (maravillosa) con besos disponibles para un viejo como yo, sin vocación de príncipe.

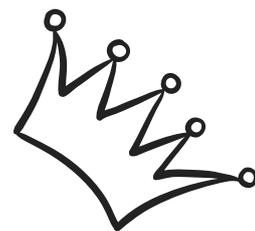
Cuento inédito de Mireya Tabuas
Ilustración en tejido de Roselys Barrios



Actividades propuestas

- El sapo ha pensado convertirse en otros animales y personas. Dibújalo en cada una de esas formas.
- El sapo se molesta porque una mujer lanza basura a su charco. ¿Tú sabes algo sobre reciclaje? Si no sabes nada, investiga. Explícale al sapo algunos productos que se pueden reciclar.
- ¡El sapo no tiene nombre! ¿Qué te parece que tú le inventes uno? Además, él necesitará un pasaporte para moverse hasta la laguna de la sapa ¿Te gustaría hacerle uno? Si no sabes cómo es un pasaporte pregúntale a tu familia.

CUENTOS SIN CORONA



Este es un proyecto sin fines de lucro que se propone la difusión online de literatura infantil y juvenil, para acompañar a los niños y adolescentes, y también a sus familias y escuelas, en tiempos de coronavirus.

Cada historia estará apoyada de propuestas de actividades complementarias a la lectura.

Textos e imágenes han sido donados por los autores para este proyecto exclusivamente.

Abril 2019

Contactos:

Autora: mtabuas@gmail.com

Ilustradora: rosib12@gmail.com

Todos los cuentos del proyecto puede leerlos en
<http://www.mireyatabuas.com/cuentos-sin-corona/>